

Original

CENTRO DE ESTUDIANTES FRYCS	
Nº CARR	SF
FOLIO	DE
AGRUPECION RODOLFO WALSH	

ARCHETTI, EDUARDO

"EL POTRERO, LA PISTA Y
EL RING. LAS PATRIAS
DEL DEPORTE ARGENTINO"

pp. 19-40

CENTRO DE ESTUDIANTES FRYCS	
Nº CARR-5C	SF
FOLIO 5	DE 6
AGRUPECION RODOLFO WALSH	

ron
de
los
ol y
cal
lan

Fútbol: el deporte sin fronteras

1914 es una fecha importante en la historia del fútbol ya que el año anterior un club eminentemente "criollo", el Racing Club de Avellaneda, teóricamente sin un solo jugador de origen británico en el once titular, aunque en el plantel hubiera jugadores periféricos de origen británico como Wine, Loncan y Prince, conquista, por primera vez, el campeonato de primera división. A partir de ese momento los clubes británicos, como el Alumni o el Belgrano, pierden su peso futbolístico y sus jugadores desaparecerán de los equipos nacionales. Según *El Gráfico* este cambio fue posible ya que "cuando el *football* comenzó a difundirse, dejaron de ser los *cracks* nombres británicos para transformarse en apellidos puramente latinos, especialmente italianos y españoles, como García, Martínez, Ohaco, Olazar, Chiappe, Calomino, Laforia, Isola, etc." (1928, 470:15). La fundación "criolla" no es solo la argentinización de un deporte británico sino una fundación en donde los hijos de inmigrantes "latinos" comienzan a dominar la práctica activa. El fútbol se expande y los clubes

con sus nombres expresan claramente este proceso. Frydenberg ha demostrado que los nombres de los clubes de fútbol que por decenas se forman en Buenos Aires y sus alrededores entre 1880 y 1930 eluden referencias étnico-comunitarias de un modo claro, a diferencia de las asociaciones de tipo asistencial que se multiplican en la misma época (1996). Su análisis estadístico de nombres demuestra que hasta 1910 predominan los nombres asociados a lugares y barrios (como Boca Juniors, River Plate, Tigre, Lanús o Quilmes) y con evidentes alusiones juveniles (como Estudiantes, Estudiantil, Argentinos Juniors o Juventud). A partir de ese año aparecen nombres que muestran un cierto apego a los próceres nacionales o a las fechas patrias (como Almirante Brown, Vélez Sársfield, Belgrano, San Martín, 25 de Mayo, 9 de Julio o Sol de Mayo). El fútbol funciona, por lo tanto, no solo como un reflejo del discurso nacionalista y patrio sino como una arena en donde ese proceso cristaliza un espacio simbólico que, con el correr de los años, será de crucial importancia en la formación de estereotipos nacionales.

El imaginario del estilo criollo opuesto al británico no es solo la creación de la prensa argentina sino también de la inglesa local que, continuamente, opone el estilo británico asociado al sentido táctico, la disciplina, el método, la fuerza y el poder físico, a las virtudes criollas, basadas en la agilidad y en el virtuosismo de los movimientos (Archetti 1999: 56-70). El estilo británico apare-

ce como la expresión de lo industrial y de allí que la metáfora de la "máquina" se use para conceptualizarlo y pensarlo como repetitivo y carente de improvisación (*El Gráfico*, 1928, 470: 15). Frente a la máquina el estilo criollo estará fundado en la creatividad individual y en la capacidad para improvisar. El *dribbling* o la "gambeta" serán las virtudes esenciales de un buen jugador criollo (Archetti 1995; 1996). El *dribbling* no se puede programar, al revés de lo que, en teoría, ocurre con un sistema de juego colectivo. La visita de equipos extranjeros en la década del veinte servirá para corroborar esta imagen. Los jugadores ingleses del Plymouth Argyle, que visitan Buenos Aires en 1924, quedan impresionados por la hibridez de los jugadores locales ya que a las virtudes inglesas típicas, como la velocidad y el empuje, agregan un estilo complicado de "combinaciones" (*El Gráfico*, 1924, 257: 24). Los jugadores del equipo catalán Real Deportivo Español, de gira en 1926, cuando se les preguntó por el estilo de juego observado al salir de ver un partido del campeonato nacional entre Lanús e Independiente, comentaron que lo que más les impresionó fue la precisión de los pases y la astucia en el *dribbling* pero, como aspecto negativo, observaron que los delanteros eran remisos en rematar al arco (*El Gráfico*, 1926, 366: 9). Años antes, Jorge Brown, jugador modelo del Alumni y de los seleccionados argentinos de comienzo de siglo, figura mitológica de la época británica, nostálgicamente, comentaba:

el *football* que yo cultivé era una verdadera demostración de destreza y energía. Un juego algo más brusco, pero viril, hermoso, pujante. El *football* moderno adolece de exceso de combinaciones hechas cerca del arco. Es un juego más fino, quizás más artístico, hasta más inteligente en apariencia, pero que ha perdido su animación primitiva... el juego largo ya no se cultiva, en el que se formaron tantos jugadores invencibles. Con el juego nuestro se producían muchos choques... hoy creen que juegan un mejor *football* los que esquivan el cuerpo... ya no se ve el clásico juego consagrado en Inglaterra e impuesto en el mundo entero. (*El Gráfico*, 1921, 107: 11).

El triunfo uruguayo en las Olimpiadas de 1924 en París y la gira exitosa, por muchos países europeos, de Boca Juniors en 1925 confirman la existencia de un "estilo rioplatense" distinto, tanto del europeo en general como del inglés.

En la década del veinte se produce la consolidación del fútbol como espectáculo deportivo y muestra de ello es la construcción del primer estadio en cemento (Independiente en 1928), del primer estadio moderno con iluminación artificial (Vélez Sársfield en el mismo año), la aparición de las transmisiones radiales y la expansión de la cantidad de socios de los clubes más importantes. Ese año, a pesar de la derrota, ocurrió la consagración del fútbol nacional: el seleccionado llegó a la final del campeonato olímpico de Amsterdam en 1928 y perdió en dos partidos homéricos contra los uruguayos. La derrota no se vivió dramáticamente y

la prensa festejó el éxito del "fútbol rioplatense" (Archetti 1999: 61). Por el contrario, la derrota, en 1930, contra los uruguayos, en la final de la primera copa del mundo en Montevideo, fue vivida con una gran intensidad por la ilusión de la revancha creada en esos dos años (La Nación, 1994, tomo 1, 2: 28-30 y Bayer, 1990: 34-7).

En esa época el fútbol era en Buenos Aires, el Gran Buenos Aires, La Plata y Rosario, un espectáculo multitudinario, una pasión barrial y ciudadana, y la práctica del amateurismo marrón, una suerte de profesionalismo escondido, estaba muy extendida (Scher y Palomino 1988: 26-8). El enfrentamiento en las asociaciones del fútbol organizado no sólo estaba vinculado a esta práctica económica sino a la oposición de los clubes de Buenos Aires y La Plata con las asociaciones del interior del país. El enfrentamiento culminó con la introducción del profesionalismo en 1931, impulsado por los clubes más ricos que tenían más asociados y la formación de la Liga Argentina de *Football* que nucleó a los clubes más importantes. Los "cinco grandes" del fútbol argentino (River Plate, Boca Juniors, San Lorenzo, Independiente y Racing) tenían en 1930 un total de 55.000 socios. Estudiantes de La Plata, con 8.000 socios, era también un club muy importante. De su unión con la Asociación Argentina de *Football* nació en 1934 la Asociación de Fútbol Argentino (AFA) que perdura hasta la actualidad con el nombre castellano del deporte. Los clubes de las provincias, pe-

se a formar parte de la Asociación a través de la afiliación de las diferentes ligas, quedaron marginados de este proceso por su escaso poder económico. El interior del país quedó así relegado y pasó a funcionar como semillero para los clubes ricos. Los clubes rosarinos solo se incorporaron en 1938. El llamado "campeonato nacional", basado en la competencia anual de equipos representativos de las provincias junto al equipo de Capital Federal, perdió importancia y se transformó en una reliquia. La posibilidad de que fueran llamados al equipo nacional jugadores que jugaban en clubes de esas provincias (como fue el caso del equipo que llegó a la final de la Olimpiada de Amsterdam en 1928) se hizo cada vez más remota. Buenos Aires pasó a ser la capital del fútbol y del tiempo libre. El profesionalismo permitió, asimismo, convertir a los clubes en verdaderas asociaciones de masas, articulando gran parte de la vida social de los barrios de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires. El dominio del fútbol porteño se acentuó en esa década y en la siguiente con las giras anuales "obligatorias" de los clubes a ciudades de provincias y con el reclutamiento de los mejores jugadores de las mismas. A los efectos de difundir el "buen fútbol" la AFA decidía a qué provincia debían viajar los clubes profesionales durante el receso del campeonato (Di Stéfano 2000: 69). Los aficionados del interior comenzaron a "hinchar" por dos clubes: su club de provincia y un club grande porteño, ya que era poco me-

nos que impensable ser hincha de un club platense o rosarino. Esta hegemonía emocional y simbólica se acentuó con el correr de los años. A la "fundación criolla", con el estilo como un factor de integración, hay que agregar lo que llamaré "fundación emocional", basada en las lealtades de los hinchas de fútbol por alguno de los clubes grandes porteños. Una vez más las fronteras, esta vez provinciales, se rompían. El fútbol se convertía en deporte nacional.

La década del treinta consolida el fútbol profesional; y la construcción de grandes estadios y las inversiones en infraestructura social fortalecerán a los clubes grandes. En 1936, los cinco equipos grandes de Buenos Aires tenían 105.000 socios y un capital de 3.555.709 pesos, mientras que los otros diez equipos del campeonato profesional, solo 55.895 socios y un capital de 1.351.845 (*El Gráfico* 1936, 871: 40). Entre 1930 y 1935, la cantidad de espectadores en el campeonato oscilaba entre los dos y dos millones y medio con un claro predominio de taquilla de los equipos exitosos (*La Nación* 1994, tomo I: 187). Los modernos estadios de River Plate y Boca Juniors fueron inaugurados en 1938 y 1940, respectivamente. La rivalidad entre estos dos clubes comenzó a perfilarse entonces y pasó a ser dominante en la década del cuarenta hasta la actualidad. Al mismo tiempo, se abrieron las fronteras y el mercado mundial de jugadores se consolidaba. Decenas y decenas de grandes jugadores argentinos, y entre ellos

una gran parte de los que jugaron la final del campeonato mundial de 1930, emigraron a Europa. Pero el proceso migratorio no tuvo una sola dirección ya que llegaban al país directores técnicos extranjeros, europeos en su totalidad –práctica común en esa época–, se contrataban árbitros ingleses para educar a los locales y comenzó la importación de grandes jugadores brasileños y paraguayos. La paradoja es que la AFA decidió no participar en los campeonatos mundiales de 1934 con un equipo profesional y no envió ninguna representación al de 1938. De esa manera se protestaba contra la utilización de jugadores argentinos en seleccionados europeos –el de Italia, campeón mundial en 1934, tenía cuatro argentinos– y contra el perjuicio económico a los clubes que tenían que suspender el campeonato profesional mientras los torneos se realizaban.

La Segunda Guerra Mundial constituyó un freno brusco al éxodo de jugadores a Europa. Los mercados colombiano y mexicano pasaron a ser muy importantes luego de la huelga de los jugadores profesionales de la AFA en 1948. Estos países se convirtieron en tierra de promisión del estilo criollo (Di Stéfano 2000: 91-104), y así se hizo posible, a comienzos de la década, no solo el claro dominio argentino en los campeonatos sudamericanos, con los tres triunfos consecutivos de 1945, 1946 y 1947, sino la aparición de River Plate en el campeonato local de 1941 con un equipo excepcional que fue bautizado como “la Máquina”.

Hemos visto que el simbolismo del fútbol argentino descansaba sobre dos pilares: la gambeta como expresión del ingenio individual y el pase como medida del talento, la coordinación colectiva y el sentido estratégico. En 1925 la célebre gira de Boca Juniors por Europa había consagrado un estilo en donde no solo se “juega al fútbol” sino que por el virtuosismo individual, parecido al de un pianista o un violinista, los europeos dicen que los argentinos “tocan el fútbol” y, de esa manera, legitiman la idea del “toque” como un sello de marca de un estilo nacional (*El Gráfico* 1941, 1124: 8). Con la aparición de River Plate, a la metáfora de la música de orquesta se le agrega la de la máquina. Se sigue “tocando” en ese equipo pero esto se acompaña con una gran efectividad. La idea de que la belleza puede ser sincronizada y no solo espontánea es central, ya que una máquina puede llegar a “jugar de memoria” y de un modo casi perfecto. “La Máquina” pasó a ser “el fútbol mismo” en el imaginario nacional (Bertolotto 1997: 95). Pedernera, que jugaba en ese equipo de centrodelantero atrasado, una verdadera revolución para la época y uno de los máximos exponentes de ese estilo, lo define de la siguiente manera:

un juego que siendo sobrio en su finalidad no deja de brindar espectáculo, llegando en ocasiones al preciosismo y en el cual tiene vital importancia la colocación. Todos han observado cómo cambiamos de puesto y cómo, mediante una rotación sistemática, vamos cubriendo los claros y

haciéndolo todo de memoria. El mismo estilo se encuentra en las inferiores... es el carácter, es la fisonomía, surgida como consecuencia de ese estilo mantenido a través de los años. Son rasgos de familia. (*El Gráfico* 1946, 1382: 12).

La gira exitosa de San Lorenzo a Europa en 1946 ayuda a confirmar ese estilo. San Lorenzo "cumple una misión" y es la de "demostrar la modalidad, la calidad, la ciencia y la gracia del fútbol argentino". Esta se basa en "la táctica defensiva de marcación y la ciencia ofensiva del pase corto", "en la desmarcación y la posibilidad de que cualquiera de los cinco delanteros haga el gol" (*El Gráfico* 1947, 1440: 36-7). La esencia comienza a ser "el pase corto" que debe hacerse al centímetro, entre una maraña de piernas, que exige precisión y técnica y es el más difícil de realizar. La victoria de 6 a 1 frente al seleccionado español se convierte en mitológica y no solo en Buenos Aires. Los españoles definen ese estilo como revolucionario porque el modo aparentemente cansino y displicente de los pases cortos es eficaz para crear espacios para los cambios de ritmo. Los aficionados y periodistas españoles definieron a San Lorenzo como "equipo mítico", capaz de competir con la máquina de River Plate, aunque a ésta no la hayan visto jugar jamás en sus tierras (Leguineche, Unzueta y Seguro 1998: 24).

En la década del cincuenta se abre el mercado europeo de jugadores y el seleccionado sale de gira tanto a Europa como al resto de América. La

derrota en 1951 del equipo nacional 2 a 1 contra Inglaterra en el estadio de Wembley, en Londres, abrió discusiones sobre el valor del estilo criollo ya que los ingleses demostraron ser claramente superiores contra lo que se esperaba en el país. Fue tal la superioridad inglesa que el mejor jugador argentino fue Rugilo, el arquero, bautizado desde ese día como "El León de Wembley". Borocotó, uno de los más importantes periodistas argentinos, desde *El Gráfico*, se ve obligado a defender el estilo nacional:

los ingleses son ingleses y nosotros somos criollos. Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos. Existen marcaciones, tácticas, planes... Pero existe un algo que no se puede cambiar ni acepta adaptaciones de ninguna índole y que está ligado a la idiosincrasia de cada uno. Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo. (1951, 1658: 24)

Borocotó
y
el
estilo
criollo

El respeto a la tradición no es siempre una garantía de éxito. La AFA decide volver a los mundiales en 1958. El triunfo en el campeonato sudamericano de 1957 en Lima, con la victoria inapelable de 3 a 1 contra la potencia brasileña y la aparición milagrosa y mágica de los "ángeles con la cara sucia", los delanteros-pibes Maschio (20), Angelillo (17) y Sivori (19), auguraba el mejor de los éxitos para el mundial que se avecinaba. Sin embargo, las tres esperanzas del fútbol argentino fueron vendi-

das a Italia a fin de año: Maschio al Bologna, Angelillo al Inter y Sivori al Juventus. La discusión sobre si llamar o no para el Mundial a los jugadores que estaban en el exterior se salda por la negativa. El argumento esgrimido era que había jugadores locales con la calidad suficiente y que, además, en el pasado nunca fueron utilizados futbolistas que estaban fuera del país. Se decide, por lo tanto, ir a Suecia con un seleccionado local sin convocar a los "caras sucias" ni a otros profesionales que triunfaban en Europa. Lo que se esperaba que fuera un "encuentro con la historia", o sea la demostración de que se estaba, al menos, entre los mejores del mundo, terminó con una pesadilla: no solo no se pasó de la ronda preliminar sino que esta terminó con una derrota mayúscula contra Checoslovaquia. La apabullante cifra de 6 a 1 puso a la nación en un estado de crisis y confusión y transformó a los jugadores en un grupo de traidores. Habergger, el entrenador alemán, había sido premonitorio al decir que no temía a los argentinos porque habían estado ausentes del fútbol internacional y no estaban al tanto de los cambios ocurridos en el fútbol mundial (*El Gráfico* 1958, 2017: 23). El máximo anacronismo y expresión de la confianza ciega en un estilo fue la presencia en el equipo titular de Labruna, con casi cuarenta años, sobreviviente del River Plate de 1941. La derrota fue percibida por directivos, jugadores y parte de la opinión pública como una consecuencia directa de la política aislacionista seguida por

el país en el campo del fútbol. La respuesta debía ser una política de apertura basada en la importación de nuevos modelos (sistemas de juego) e influencias culturales (directores técnicos y jugadores). Brasil, vencedor ese año y luego en 1962, y Europa pasaron a ser fuentes de inspiración para el alicaído y traumatizado fútbol argentino. La paradoja es que mientras esto ocurría, Di Stéfano, otro sobreviviente del River de los cuarenta, era el mejor jugador de Europa, y Sivori y los otros argentinos triunfaban en Italia. Lo que antes era una virtud se convertía en defecto. Para Maschio había que desterrar el "viejo vicio del pasecito de más o de la gambeta de lujo innecesaria" (*El Gráfico* 1966, 2431: 27) y para Di Stéfano "los argentinos tienen que olvidarse de la pisadita y el jueguito de media cancha, frente al fútbol europeo, esto no tiene ningún valor" (*El Gráfico* 1966, 2433: 28).

Frente a la hecatombe, una revolución se gestaba a nivel local con la aparición de Zubeldía como director técnico de Estudiantes de La Plata y las victorias de su equipo en el campeonato local en 1967 y, posteriormente, en las copas Libertadores e Intercontinental. Por primera vez un club de los "chicos", aunque histórico, ganaba un campeonato profesional que, hasta ese año, había sido propiedad exclusiva de los "cinco grandes". Es importante hacer notar que el triunfo de 1967 se da en un contexto de cambios institucionales importante: el campeonato se divide entre Metropolitano, con los equipos de siempre, y Nacional con la

participación de los equipos provincianos. Al mismo tiempo, se resuelve televisar un partido por jornada y al año siguiente llegará la televisión privada que romperá con el monopolio deportivo del Canal 7 estatal. La multiplicación de partidos y el peso de la televisión frente a la radio pasarán a dominar el desarrollo del fútbol en el país. La costumbre de cambiar reglamentos y modificar la tradición de tener pocos equipos en primera división comenzaba y se convertiría en una práctica que llega hasta la actualidad. La crisis de estilo era también "una crisis institucional" (La Nación 1994, tomo II: 402-7). La violencia también comenzaba en los estadios con la muerte de Héctor Souto en el partido entre Huracán y Racing (Archetti y Romero 1994). El fútbol perdía su tono amistoso, familiar y barrial.

La filosofía de Zubeldía era clara: lo colectivo sobre lo individual, la fuerza sobre la técnica. A estos principios se sumaba un maquiavelismo que sorprendería al mismo Helenio Herrera, el inventor del fútbol especulativo moderno. El público y parte de la prensa acepta el hecho de que con Estudiantes aparece otra ética en el fútbol: la del trabajo y disciplina al servicio de la victoria. El fin último es el triunfo y el éxito y no el "juego bonito". Para esta ideología se necesitan otros hombres, otros jugadores dispuestos a aceptar el trabajo a destajo; el sudor, incluso en este caso, se suponía que no mataba automáticamente al talento. Según *El Gráfico* los "futbolistas-pibes" son reemplazados

por los "futbolistas-hombres" (1968, 2546: 50). Los partidos de Estudiantes contra los equipos uruguayos y brasileños en la Libertadores, y contra los equipos escoceses, ingleses e italianos en la Intercontinental se planeaban como verdaderos combates: el fútbol se transformaba en guerra. El equipo de Zubeldía gana su primera copa Intercontinental contra el Manchester United en 1968. Los dos partidos son verdaderos enfrentamientos, "duelos fragorosos, pródigos en incidentes y acciones antideportivas" (La Nación 1994, tomo II: 429). Bilardo, jugador emblemático de ese equipo por su capacidad de trabajo y su reconocido maquiavelismo, al explicar ese triunfo reconoce que "si nosotros tocamos no ganamos la copa, nosotros tenemos que morir con la nuestra o, en todo caso, vivir de la nuestra" (*El Gráfico* 1968, 2559: 74). Aparecía otra "nuestra" que no era el "viejo estilo criollo" y que estaba latente en la distinción que se hacía entre fútbol "alegre y artístico", representado por Independiente, River Plate y Racing, y fútbol "serio y eficaz", encarnado por Boca Juniors y San Lorenzo, de las décadas anteriores (*El Gráfico* 1936, 860: 25). La tradición del fútbol "serio y eficaz" vivía a través de los logros de Estudiantes. Los éxitos en las copas internacionales de clubes no solo fueron de los equipos de Zubeldía sino también de Racing e Independiente. Estos éxitos no se reflejaron a nivel de la selección nacional que no hizo más que un papel decoroso y controvertido en el mundial de 1966 en Inglaterra, no clasificó

para el de 1970 en México e hizo un más que pálido papel en el mundial de Alemania en donde fueron derrotados claramente, en la segunda ronda, por Holanda 4 a 0. La modernización del fútbol y la aceptación de un nuevo estilo no trajeron los triunfos esperados, el "mejor fútbol del mundo" quedaba reducido a nivel de los clubes (Di Giano 1998).

El Mundial de 1978 le había sido otorgado a la Argentina antes del golpe de Estado de 1976. César Luis Menotti, un lento y talentoso delantero rosarino en la década del sesenta, con roce internacional ya que había jugado en Brasil y Estados Unidos y ganado con Huracán el campeonato Metropolitano de 1973, fue nombrado director técnico del seleccionado en octubre de 1975. Su filosofía de fútbol es diametralmente opuesta a la filosofía de Estudiantes de La Plata que desde 1972 tiene a Bilardo como director técnico. Menotti declara que en sus equipos "el talento y la habilidad deben predominar siempre sobre el despliegue y la fuerza física" (*El Gráfico* 1972, 2875: 2). Su plan de trabajo pasa por la incorporación de jugadores del interior y por la consolidación de los equipos nacionales juveniles. En 1976, el equipo juvenil dirigido por Menotti gana el prestigioso torneo de Toulon, Francia, jugando un gran fútbol, ofensivo y técnico. En ese equipo se destacaron jugadores como Passarella, Valdano, Gallego, Tarantini y Valencia que triunfarían posteriormente en las selecciones mayores. Antes del Mundial, Me-

notti declaraba que el "fútbol es un deporte, está para defender el prestigio del fútbol argentino. Jugando no protegemos nuestra frontera, ni la Patria, ni la bandera. Con la selección nada se muere ni nada se salva" (*El Gráfico* 1977, 3003: 65). El contexto político creado por el golpe militar de 1976 y la feroz represión desatada contra las "fuerzas subversivas marxistas" que no tenían "ni patria, ni religión, ni familia", había creado una situación en la que la relación entre fútbol y nación era aún más compleja que durante los gobiernos peronistas, cuando se suponía que los deportistas representaban de un modo directo la nación (Rein 1998). Menotti, en una suerte de *tour de force* ideológico, trató de volver a las "esencias" del estilo criollo, desvinculando al fútbol del nacionalismo de Estado, mientras que los militares usaron el lenguaje nacionalista para legitimar una eventual victoria. La historia produce, algunas veces, coincidencias inesperadas. En este caso, la presencia en el mismo campo práctico y simbólico, aunque discordante, de militares reaccionarios y un "esencialista progresista". El primer gran éxito y el más esperado se produce en 1978: la Argentina gana su primer campeonato mundial y su destino de "gran nación futbolística" se hace realidad. Para la Junta Militar gobernante, la victoria del equipo nacional es la mejor respuesta a la campaña "anti-argentina" orquestada desde el exterior. La hora de gloria había llegado (Turner 1998). Los festejos y la euforia nacional no tuvieron parangón. El periodista

Onesime describió lo que, quizás, muchos sintieron el día de la final contra Holanda:

Levanté mi puño. Me volví a sentir pibe. Lloré. Me abracé con amigos y desconocidos. Temblé. Grité. Sentí orgullo, miedo y pena. Argentina campeón del mundo ¿Quién me habrá observado en mi butaca acaso pareciendo atrapado por un extraño exorcismo? Argentina campeón del mundo ¿Quién habrá observado mi alma más pura que nunca, más limpia que nunca? Argentina campeón del mundo. ¿Quién me habrá visto el corazón convertido —mágicamente— en una turbina rugiente?... Argentina campeón del mundo. Gracias por hacernos sentir pibes otra vez. Ya no grito. Ni tiemblo ni lloro. Cierro los ojos. Creo que vi a Dios. (*El Gráfico* 1978, 3064: 9-11 y 23).

El fútbol y esa victoria permiten una suerte de transformación regresiva: la de volver a ser pibe, volver a las fuentes de la pureza del sentimiento y del estilo. Onesime reproduce, de un modo exorbitante, el mito central del fútbol argentino: un juego creado por pibes y alimentado por sus sueños (Archetti 1995). La Argentina salía de su destierro, de la larga marcha en el desierto y comenzaba la caza de Brasil, el tricampeón y modelo del estilo sudamericano en el mundo entero. Era el primer grito argentino al mundo.

Menotti declaraba que la espera había sido larga, "cuarenta y ocho años desde la derrota de 1930", pero que valía la pena y que esa victoria

consagraba una filosofía que no estaba sustentada por el "sacrificio", porque el día en que "el fútbol sea solo eso y trabajo dejará de ser un juego". Terminaba la entrevista afirmando que "el juego es otra cosa. No solo lo sacrificado es valioso en la vida y pensar que el juego no merece ser premiado es rumbear bastante feo en la escala de valores" (*Humor* 1978, 2: 14). La Junta Militar, por su lado, utilizó el triunfo para mostrar al mundo las calidades del espíritu argentino, el fútbol no solo era un juego sino el rasgo de una estirpe y una raza peculiar de hombres (Gasparini y Pónsico 1983). Menotti, muchos años después, con la tranquilidad que da el paso del tiempo y el retorno de la democracia, tomó distancias claras de su vinculación histórica con la Junta Militar (Menotti 1986: 27).

1978 fue también el año en que Maradona, a último momento y contra las expectativas de la afición, había sido excluido, con solo diecisiete años, del equipo que ganó el Mundial. En 1976 había debutado en primera división con el equipo de Argentinos Juniors pero desde hacía bastante tiempo, ya asombraba a quienes seguían las divisiones inferiores de los clubes profesionales. Una nueva época comenzaba: Menotti y los otros directores técnicos que dominaban el mundo del fútbol y que habían desplazado, en la presencia en los medios, a los jugadores talentosos tenían, de pronto, un competidor de calibre. Maradona fue, tempranamente, definido como un superdotado, "una decisión de la naturaleza, una jugada del des-

tino, en el que la única circunstancia ajena al jugador es que ha nacido en un país donde la habilidad y el dominio de la pelota es una tradición" (*Humor* 1979, 9: 76). La gambeta imprevisible, los caños, las pisadas, las rabonas y los sombreros volían en los pies y el cuerpo de un pibe endiabladito. En Tokio en 1979, con Menotti como director técnico, es el capitán del equipo que gana para la Argentina el primer título de campeón mundial juvenil. La Argentina confirmaba con los menores lo que los mayores habían obtenido el año anterior. Un nuevo ciclo en la historia del fútbol argentino comenzaba en la década del ochenta con la presencia omnipresente de Maradona. A partir de ese año y por casi dos décadas será el jugador que representará las mejores virtudes del estilo criollo que fuera fundado (imaginado), en oposición al británico, casi un siglo antes (Archetti 1997b). El peso de la tradición encuentra su contrapartida natural y, por lo tanto, mitológica, en su figura que desplazará, con el tiempo, a un segundo lugar a los directores técnicos. El estilo nacional fue el producto de los jugadores y son éstos los que permiten, en última instancia, su reproducción, continuidad y cambio. Maradona pondrá las cosas en su debido lugar.

Luego de triunfar en Boca Juniors ganando el campeonato nacional en 1981, Maradona fue transferido al Barcelona en el mismo año. Con ese equipo ganó la Copa del Rey en 1983. Dos años más tarde pasó al Nápoles. Allí se convirtió rápi-

damente en ídolo indiscutible y fue determinante en la obtención –por primera vez para un equipo del sur de Italia– del título de la Serie A en 1987. Nápoles repitió ese triunfo en 1990, ganó la Copa de Italia en 1987 y la Copa Europea en 1989. En el pico de su carrera Maradona fue capitán del seleccionado argentino que ganó el título mundial por segunda vez en 1986, en México. Sus proezas durante ese campeonato serán difícilmente superadas en el futuro. Durante un largo período que se extendió hasta el Mundial de Estados Unidos en 1994 el equipo argentino dependió de su capacidad. Nunca se negó a jugar con él, aun estando en condiciones físicas lamentables como en el Mundial de Italia en 1990. Se convirtió así en el símbolo del fútbol argentino por casi dos décadas. Maradona fue un jugador global, un nómada, producto de una nueva época del fútbol dominada por el poder de las imágenes televisivas. Sin embargo, es en la Argentina donde, como nadie, ha representado lo que muchos imaginan como el estilo argentino.

El segundo gol contra Inglaterra en el Mundial de 1986 en México es un ejemplo de la confluencia entre *potrero*, o sea libertad para crear, y atrevimiento, la condición de *pibe*. Para lograrlo tuvo que gambetear a casi toda la defensa inglesa, incluido el gran arquero Peter Shilton. Fue un gol inusual, casi romántico, que no pertenece a nuestra era, aparentemente tan racional y racionalizada, sino a un tiempo del fútbol cuando el gambe-

teador no era un personaje casi extinto. Maradona significó el triunfo del individuo contra los sistemas tácticos. La frescura, la espontaneidad y la libertad creativa son valores masculinos asociados al comienzo infantil del fútbol argentino, de allí el peso del *potrero* entre los *pibes*. Maradona ha tenido el talento y la suerte de producirse y reproducirse como un verdadero *pibe*, como el mejor de todos, como *el pibe de oro*. Su vida comenzó en una villa miseria, se educó en los *potreros* de Villa Fiorito en Lanús, y no es sino una realización perfecta del mito argentino. De muy niño sintió "que con la pelota era diferente a los demás, que en cualquier picado [...] resolvía, [...] ganaba y siempre" (Maradona 2000: 15). La magia de Maradona estuvo asociada al hecho de crear, como los ilusionistas, efectos inexplicables que paralizaban tanto a sus adversarios como a sus compañeros. Esta cualidad poderosa, única y hechizante lo convirtió en el máximo icono del deporte argentino más popular. Sus logros y sus hazañas tienen, indudablemente, una capacidad de supervivencia centenaria y, al mismo tiempo, desafían muchos intentos de alcanzar una explicación porque tienen la virtud de aparecer como naturales y fáciles. Un genio deportivo, como cualquier otro genio, tiene que ser capaz de combinar lo excepcional con la elegancia y la simplicidad. Maradona fue capaz de alcanzar en su apogeo esa síntesis.

El tango: música, baile textos para el fútbol

En 1928 Borocotó escribía en *El Gráfico* que mientras el fútbol es el deporte colectivo por excelencia del criollo, el tango era su música y su baile. Al mismo tiempo, agregaba, la Argentina había exportado al mundo el tango, ya impuesto como baile en muchos países europeos, y en ese momento lo mismo ocurría con el fútbol. El país era, por lo tanto, "visto" y "apreciado" a través de las performances de sus futbolistas, músicos y bailarines (467, 16/6-1928: 8). La conexión entre un estilo de juego y las figuras y los pasos en el tango formaron parte del imaginario argentino y europeo. Es importante recordar que cuando la Argentina, entre 1925 y 1938, "exporta" futbolistas, el tango es un baile popular en casi toda Europa. Muchos de los futbolistas, surgidos de sectores populares e inmigrantes en donde el tango se bailaba y se tocaba, eran grandes bailarines —el caso de Cesarini, Stábile, Orsi y Moglia, inmigrantes tempranos al fútbol europeo es notable— o, incluso, buenos músicos. Orsi, el gran delantero del equipo argentino finalista en la Copa del Mundo